

## Diario de una docente en tiempos de pandemia.

*Por María Belén Guirado, docente de Historia, postitulada en TIC y en problemáticas de Ciencias Sociales. Normal Nro. 1 de Rosario. Nivel Medio.*

Cuando comenzó el ciclo lectivo, estaba decidida a que este iba a ser mi año con todos los proyectos que tenía planificados. Brincaba de felicidad por todas las actividades construidas con mis amigxs y compañerxs, desde trabajos interdisciplinarios hasta paseos, visitas guiadas y viajes con lxs alumnx de todos los años del nivel secundario.

La alegría duró poco, un par de semanas nomás, porque todo ese trabajo de hormiga que estaba tomando forma, se cayó como un castillo de naipes. Apareció algo que no estaba en la agenda de ninguno de nosotrxs: el COVID-19. El proceso de todo esto, bien saben, fue gradual; algunxs subestimamos el virus en un principio (lo asumo), y nos despedimos pensando en que nos reencontrábamos en 15 días, y no fue así. Atrás quedaron las visitas planeadas a la Bolsa de Comercio, a la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, el viaje a CABA, y las conmemoraciones por el Bicentenario belgraniano.

Y de repente, hubo que improvisar, que cambiar la forma de vincularnos con nuestros chicxs, entre nosotrxs, y con nuestra práctica docente. Las certezas comenzaron a no ser tan certezas, el aula se trasladó a nuestros dispositivos tecnológicos, de las más diversas formas, por medio de ensayo y error.

Debo admitir que a mí particularmente, como a otrxs, toda esta cuestión de la virtualidad no me tomó por sorpresa. Habiendo realizado postítulos y cursos online (la mayoría de ellos a través del INFoD), estoy acostumbrada a este tipo de interacción, como alumna, pero no como docente. Si he utilizado muchas herramientas para trabajar Historia con mis alumnx: blogs, programas para elaborar líneas de tiempo, para realizar presentaciones, o también esquemas o mapas conceptuales; hace años que le doy una impronta “dinámica” a mis clases, el tan popular classroom por estos días lo utilizo hace años para complementar explicaciones con artículos periodísticos, videos, etc.; de más está decir que hace mucho que no me llevaba trabajos prácticos a mi casa, sino que lxs chicxs lo subían o enviaban por ese medio.

Pero hubo que re pensar la tarea, y las primeras semanas muchxs de nosotrxs arrancamos tratando de ver el lado positivo de esta realidad. Primero que nada, este era el momento ideal para “acopiar” material y recursos de todo tipo para facilitar nuestra labor y, además, elaborar unx mismo material multimedia con impronta propia, con sello personal (más allá que de mi área, en la web hay abundancia de los mismos, y de todo tipo), que puede servir a futuro.

“Con una pequeña ayuda de mis amigxs”, diría Ringo Starr, pero dándonos una mano gigante entre todxs, con mis compañerxs nos auxiliamos desde lo más simple a lo más complejo. Algo que en estos tiempos difíciles que vivimos, mientras tachamos los días para volver al trabajo cotidiano (ya veremos en qué condiciones, pero ese ya es otro tema), es como nos acompañamos monitores de por medio. Es lindo ver como aparece la solidaridad, como se siente la empatía de parte de quienes siempre manifestaron poseer tan lindas cualidades en una sociedad que promueve el individualismo y el “sálvese quien pueda”. Fue todo un trabajo colaborativo, e interareal podría decirse: nos acompañamos vía zoom los primeros días para saber cómo estábamos llevando el aislamiento y esta nueva forma de trabajar, y nos asesoramos al momento de armar los primeros classroom, los formularios de dicha suite

ofimática, a utilizar diversas plataformas de videollamadas (anécdota aparte fue la de conectarnos por primera vez vía meet con el mail que nos adjudicó el ministerio de educación provincial), a grabar y editar videos con diferentes softwares, y luego subirlos a internet... En fin, nos motivamos entre todxs, compartiendo experiencias, que nos resultaba, que no era útil al momento de enseñar, y de a poco, cuando ya vimos que la cuarentena venía para largo, nos fuimos contagiando las ganas de poder organizar clases por videollamada, algo que aún sigo sin disfrutar, y realmente necesité un empujoncito para animarme a hacerlo. El iniciar cada una de ellas me pone nerviosa como cuando hace 12 años atrás entraba a un salón de clases por primera vez, si bien de a poco me voy soltando.

Pero no todo es tan bonito y color de rosa. Voy a opacar un poco la parte idílica de este relato, lamento informarles. Ocurre que, y seguramente les pase también a ustedes, cuando parecía encontrar la “receta ideal” para organizar mi trabajo, aparece el Ministerio, lxs supervisorxs, lxs directivxs, para agregar nuevas problemáticas, nuevos planteos, nuevos cuestionamientos que desgastan los planes de trabajo muy sobre la marcha. Los calendarios de actividades se alteran por resoluciones incomprensibles, o pedidos de cosas “para ayer”.

Así que esto se volvió un equilibrio entre el “deber ser” del mal llamado “apostolado” docente, que por vocación no debe quejarse, sino cumplir, porque para esto eligió ser educador. Obviamente también a ello se sumó mi labor de delegada, de auxiliar y escuchar a mis compañerxs, angustiados por sus propias realidades sociales, no solo por cuestiones laborales. Muchxs nos sentimos presionados en un escenario donde ponerse detallista, y vivir probando “experiencias pedagógicas nuevas” en situaciones que no eran necesarias en este contexto, ponen a prueba nuestra paciencia y tolerancia. No estamos en el aula, estamos trabajando en nuestra casa, con miles de limitaciones que pueden presentarse tales como baja conectividad de internet para subir o realizar actividades, el uso de dispositivos tecnológicos que tenemos para trabajar o contactarnos con lxs alumnx, etc., y todo ello forma un cóctel que da vía libre al agotamiento y al estrés. Es acostumbrarse y entrar en una vorágine de una nueva forma de trabajo que avasalla la privacidad y la posibilidad de desconectarse, en todo sentido. Esos pedidos y exigencias cada uno los va canalizando como puede; a veces llegamos a tener acalorados debates por whatsapp, otras veces fluidos intercambios de mails, llegando incluso a establecer protocolos de trabajo para que esta “invasión” a la privacidad de nuestras casas, a nuestro tiempo libre, cesara un poco y respetara los desdibujados horarios laborales.

Tuvimos que acostumbrarnos a una nueva forma de trabajo, sumando miles de preocupaciones en la cabeza que van desde la familia, los afectos, los riesgos del contagio, la “infodemia”, planteada aparentemente desde detrás de un escritorio por personas que no pisan un aula en mucho tiempo, o tal vez nunca en su vida.

“No nací para el home office!”, grito de vez en cuando entre risas y llanto frente a mí PC. Admito haber tocado fondo en un momento, sentirme estar presentando batalla en diferentes frentes. No sentirme en paz, sentirme sí sobrecargada de trabajo, muchas veces sin poder organizarme como puedo, como creo que me resulta más efectivo a mí y a mis alumnx, porque esta situación también trae la incertidumbre de si todo este esfuerzo realizado sirve para algo, si lxs alumnx entienden o aprenden.

Y ahí aparecen ellxs, la razón de nuestra labor, lxs sujetos que hacen que la escuela sea posible junto a nosotrxs: nuestrxs pibes y pibas. “Cómo están?”, es lo primero que les pregunto enredadxs todxs en la virtualidad. “No puedo creer que nos haya tocado vivir este escenario, o experimentar algo así en mí vida, ¿a ustedes?”, les continúo diciendo, mientras les doy el

ingreso al meet, a modo de descomprimir tensiones, para ellxs y principalmente para mí, muerte de nervios, mostrándoles que del otro lado hay otro ser humano y que no son lxs únicxs agobiadxs, cansadxs y descolocadxs por todo esto.

Como les comentaba al principio, para animarme a realizar las clases virtuales, le pedí a mis amigxs todas las recomendaciones que pudieran darme, y me lancé a la aventura de enseñar por videollamada. La experiencia, de conectarse con el otro, en todo sentido, fue grata, no sin nervios, como todo lo que unx hace por primera vez, pero todos esos proyectos que quedarán pospuestos hasta nuevo aviso se remplazaron por el agradecimiento de las recomendaciones de películas que realicé sobre los diferentes temas que trabajé con los diferentes grupos, de las playlist de música sobre historia reciente para problematizar sobre sus letras, de imágenes de todo tipo para analizar una historia a veces un tanto lejana, de las efemérides de la gesta independentista que les iba compartiendo semana a semana. Creo que a muchxs de ellxs pude transmitir de una forma peculiar la pasión por lo que hago.

Las enseñanzas que me quedan de todo este recorrido iniciado hace unos años con pequeñas cuestiones tecnológicas, y que en estos últimos meses que vivimos tapados de libros, tutoriales, y demás recursos multimediales son, en primer lugar, que la tecnología no puede reemplazar la escuela; los vínculos y relaciones que construye en su interior son invaluable, y si algo también marcó este tiempo, son las desigualdades existentes con respecto a la conectividad de lxs chicxs, sobre todo después de años de desinversión en ese tema, lo que me lleva a la otra moraleja que rescato de este contexto: urgen las políticas de perfeccionamiento para docentes en TIC, retomar programas inclusivos de conectividad para nuestrxs alumnx... otra hubiera sido la historia si en este escenario cada pibe hubiera tenido su netbook posiblemente, pero no caigamos en odiosas ucronías; la tecnología puede ser soporte, no pilar del sistema educativo. Nada puede reemplazar el afecto, el cariño, el intercambio y debate que se da en el aula y en los patios desde el inicio de la jornada hasta el final, entre docentes y alumnx.

Hasta que podamos encontrarnos y abrazarnos, que ya falta menos...